

Diego
Medina



CARNAVAL

A todos los que se dedican a la política como vocación y no como profesión. Es decir, a nadie.

Pocas afirmaciones admiten ser enunciadas sin el menor temor a incurrir en ligereza, como ocurre con aquel aserto que sostiene que «toda sociedad (y por ello la nuestra —la española, entiéndase—) es culturalmente deudora de la civilización a que pertenece». Cuando uno pronuncia este aforismo no hay miedo a equivocarse. Lejos, por tanto, de los deseos, más o menos utópicos, de un encuentro entre civilizaciones y fuera de la consideración de las muy diversas teorías que se han ocupado de este tema —como es la del archicitado Huntington—, podemos afirmar que nuestra sociedad —insisto, la española— es culturalmente deudora de occidente y

de sus costumbres. El carnaval es, pues, parte de nuestra cultura, y así es vivido popularmente.

El carnaval permite que, por pocos días, nos disfracemos, que aparentemos algo distinto a lo que somos. Pero el carnaval dura unos días y pasados los cuales no podemos -o no debemos- seguir disfrazados.

Nuestros gobernantes parecen no saber esto, y todos andan disfrazados en la escena política como en un continuo carnaval. Los que son de izquierdas reivindican derechos individuales, nacionalismo y modelo económico liberal (absurdas pretensiones —para un pensamiento social— que denotan la falta de rigor y de seriedad de quienes —movidos por intereses puramente económicos— pretenden sostener esta mentira histórica). La derecha, por su parte, habla de cuestiones sociales, del sostenimiento de la familia, y de estructuras colectivas que proteja a la persona de un entorno absolutamente individualista. Todo el mundo del revés.

El carnaval terminó y —en cuaresma, tiempo de renovación— conviene guardar silencio y ahondar en nuestro más íntimo ser para descubrir hasta qué punto somos honestos

en nuestras ofensivas, hasta qué punto nuestra lucha (sea cual fuere) es una lucha virtuosa, digna y pundonorosa, o si por el contrario —en la escena pública—, se trata tan sólo de ejercer una profesión —a cualquier costo— para con su ganancia pagar, tranquilamente, la letra del coche o la del chalé (que todo burguesito aspira a tener).

Cierto es que las vocaciones surgen en torno a lo extracotidiano, es decir, a lo que sale fuera de la cotidianidad, a la aventura. Aunque, no menos cierto es que la aventura supone, de un modo u otro, riesgo y que la asunción de riesgo cansa bastante, como bien pone de manifiesto el protagonista de las películas de acción de Spielberg (me refiero, claro está, a Indiana Jones) cuando al término de sus aventuras regresa a la paz de sus libros y de su docencia, es decir cuando torna a la normalidad. Pero conviene recordar que toda aventura (y más la política) debe ser honesta, tan honesta, que sería interesante que nuestros políticos, incluso, pagarán un precio por disfrutarla. De otro modo la aventura (política) corre el riesgo de convertirse en negocio, y ya no ser, nunca más, vocación.